

NOTAS

La posverdad, peligro para la democracia¹

Paul Valadier S. I.²

Fecha de recepción: 9 de mayo de 2017.

I. Introducción

¿Estamos ante un nuevo eslogan, una moda transitoria o una provocación sin mayor alcance? O bien como algunos pretenden, hemos entrado en una época sin precedentes: la era de la posverdad?

Antes de asustarnos frente a lo que quizá no pase de ser un exceso verbal, pues la provocación es algo necesario para hacerse notar en el mundo mediático, subrayemos que la vida política y social pocas veces casa bien con la verdad y que la historia muestra hasta qué punto han sido moneda corriente aproximaciones y apañíos con la verdad: propaganda mendaz y lavado de cerebro. Podríamos llegar a defender la idea de que esos desagradables hechos forman parte de la vida política misma. Era Pascal el que vituperaba aquello “valores acomodaticios” que con su falso brillo obnubilaban al pueblo y le hacían plegarse ante lo arbitrario del poder o ante su falso esplendor. Para esconder las bajezas de la corte, ¡qué el pueblo quede encantado con el Rey Sol!

¹ «Péril en démocratie: la post-vérité», aparecido en *Études* 161 (2017) 55–62 [n° 4238, mayo]. Agradecemos la gentileza del autor y de la revista al autorizar su publicación; la traducción ha sido realizada por la redacción de RFS.

² Centre Sèvres (Facultés jésuites de París) e Institut d'Études Politiques (Fondation Nationale de Sciences Politiques IEP-SciencesPo), París.

Puesto que las palabras son portadoras de sentido y de sin-sentido y propician prácticas concretas en la vida de los pueblos, hay que preguntarse por su contenido y por las posibles consecuencias del comienzo de una llamada “nueva era”, algo que sin duda es irreversible a ojos de sus pregoneros.

2. ¿Nada nuevo bajo el sol?

En un primer acercamiento podríamos decir que la negación de la verdad corresponde al rechazo a decir las cosas como son, al intento de mercadeo con lo real o a la invención de todo tipo de noticias, haciendo afirmaciones alejadas de toda verosimilitud. Tal negación, sin embargo, parece estar bajo formas diversas a la orden del día. A modo de ejemplo, recordemos que en la época de la Argelia francesa la República no tenía más que un problema de “mantenimiento del orden” y de ninguna manera había una guerra con enemigos y con un compromiso militar, costoso en vidas humanas y en dinero. Durante catorce años el presidente Mitterrand obligó a su médico a publicar informes que afirmaban un estado de salud perfecto, cuando en realidad estaba afectado por un cáncer y se había comprometido solemnemente a publicar de forma regular partes médicos sinceros; esta mentira de Estado fue airadamente negada por sus partidarios políticos prácticamente hasta el final de su vida. El segundo presidente Bush justificó su actuación militar en Iraq aduciendo el almacenamiento de armas de destrucción masiva que jamás fueron encontradas. ¿Y qué decir de Donald Trump que parece haber hecho de las mentiras y las afirmaciones groseras su modo de comunicarse, e incluso su propia forma de gobernar? No se pueden poner en el mismo saco estos ejemplos actuales, pero a su manera todos reflejan una forma insolente e indigna de tratar los hechos y de despreciar a la opinión pública.

El hecho de que la mentira tenga un precio es sin duda lo que más abrumba. La victoria en el referéndum sobre el “brexit” se debe en gran medida a la publicación de cifras falsas y a las acusaciones calumniosas contra la Unión Europea por Nigel Farage y por el actual ministro británico de Asuntos Exteriores, Boris Johnson; estos personajes han tenido incluso el cinismo de confesar, una vez conseguida la victoria, que habían mentido a su pueblo a conciencia. Y si Donald Trump ha salido elegido no se debe únicamente a un sistema institucional que da la espalda a uno de los principios democráticos esenciales –el de “un hombre, un voto”–, sino también, sin duda, gracias a una campaña vulgar e insolente hacia sus adversarios, que ha ofrecido una imagen de los Estados Unidos de América deformada y exageradamente negativa, lanzando sin pruebas que el presidente

Obama no era americano, un retrato en el que se reconocieron o creyeron reconocerse numerosos americanos. Podemos empezar a temer que esas prácticas estén empezando a convertirse en garantía de "éxito" político, por lo menos a corto plazo, puesto que en un plazo mayor las consecuencias son tan graves como el descrédito de la palabra pública y el desprestigio de los responsables políticos, pues crece la sospecha generalizada ante el crédito de la palabra y la sinceridad de los compromisos.

Antes estas valoraciones escandalizadas quizá se puede objetar que el ámbito de los "asuntos humanos" es el de las apariencias, como en una "puesta en escena" donde cada uno desempeña un papel de simulación y apariencia, al igual que un actor es más "auténtico" cuanto más se mete en la piel de un personaje (avaro, misántropo, hipócrita...) aunque en realidad ése no sea él. En efecto, creemos haber leído bien a Maquiavelo y, so pena de angelismo, es del todo indispensable que no se nos oculte la realidad. Existen secretos de Estado que se deben ocultar al público, lo que es más fácilmente comprensible en una época en la que el terrorismo obliga a hilar fino en el traspaso de información entre los Estados, obtenida a menudo por medios poco confesables, y a la toma de decisiones ajenas a la discusión pública, como son la eliminación de una red, la persecución o incluso "neutralización" de unos traficantes de droga o la vigilancia de la población. Por más que algunos la deseen, una transparencia absoluta sería del todo rechazable: no todo puede, ni debe, ser llevado a la plaza pública, pues de lo contrario la vida privada e íntima, esencial en toda sociedad humana y en toda democracia auténtica, estaría amenazada o incluso podría destruirse; además, por otra parte, en un contexto de terrorismo estaríamos dando ventajas a la violencia. Antes bien, la vida común, sobre todo cuando está amenazada, tiene que cuidar esa parte no pública, no conocida y en cierto sentido disimulada.

Los observadores alarmistas han sido muy alabados por el valor y la tenacidad que han tenido al denunciar prácticas inconfesables de delación y escucha realizadas a personas, privadas o públicas, por algunos aparatos estatales. Se olvida, en cambio, que esos mismos informantes, al poseer importantes secretos, ocultan que de vez en cuando van destilando noticias perjudiciales o que pueden perjudicar a algunos actores de la vida pública. Los rumores sobre las filtraciones relativas a los correos de Hillary Clinton dan a entender que aquéllos a los que tanto se había alabado, no estaban fuera de toda sospecha, pues se arrogaban el derecho, incluso la vocación, de denunciar los torpes errores, reales o supuestos, de los demás. Protegidos de ese modo en el extranjero (Rusia), pueden perturbar gravemente la vida política de su país. ¿Es sólo la búsqueda celosa de la verdad lo que les mueve?

Por eso mismo, comprendamos también los necesarios límites de la libertad de expresión: no todo se debe revelar o desvelar, y menos aún, cuando un más que discutible ideal de investigación, que reivindican algunos periodistas, lleva a sacar a la luz datos personales cuyo lugar no es éste. De la misma forma, no existe el “derecho a la blasfemia” en cuyo nombre se pudiese ridiculizar y hacer mofa sobre las convicciones de los demás; al contrario, hay en la democracia un derecho al respeto de las creencias diferentes, lo que no impide, evidentemente, una crítica fundada y argumentativamente sostenida. Tampoco podemos entender que la libertad de expresión pueda amparar la inducción al asesinato, el racismo, el odio, el antisemitismo, la estigmatización de ciertos grupos sociales y religiosos. Los que se escandalizan ante la idea de limitar esa libertad son en realidad cómplices de una violencia justificada de otro modo por su permisividad. Del mismo modo, cuando un político se permite invocar la “eficacia” de la tortura como ha hecho Donald Trump, abre la caja de Pandora, pues corremos el riesgo de que el policía raso, al escuchar justificaciones tales en boca de su presidente, se crea autorizado a realizar prácticas abusivas. En este caso, la ligereza moral roza con la irresponsabilidad.

3. Lo que hay de nuevo

Admitir que las apariencias dominan el ámbito de los “asuntos humanos” evita el angelismo, pero de ello no hay que concluir que desde ese momento nos hallemos en la llamada era “de la posverdad”, lo que vendría a significar que los “hechos” podrían ser deformados, reconstruidos o manipulados, y que lo que cuenta por encima de todo es la seguridad con la que se afirma algo. Si en la vida social y política, los engaños han sido siempre el pan nuestro de cada día, en la situación actual existen algunas novedades inquietantes que afectan a nuestro acceso a la verdad, ya que estamos convencidos por varias razones de que la verdad se nos escapa, e incluso para algunos sería imposible alcanzarla. Las ciencias “puras” mismas no conducen sino a conclusiones relativas, temporales y limitadas, necesariamente llamadas a ser “superadas” por otras investigaciones más punteras o más rigurosas. Es inútil sumar más desconcierto, invocando a los “maestros de la sospecha” o el relativismo, cuyos estragos sin embargo conocemos. Nuestro incierto acceso a la verdad no es fruto de las elucubraciones de algunos “ideólogos postmodernos”.

La entrada en la era virtual es sin duda el hecho más perturbador. Lo virtual parece suplir a lo real y el universo de la comunicación es el mejor ejemplo de ello. Qué sabemos de la guerra de Iraq o de las hambrunas en Sudán, sino aquello que

nos dicen, o se conforman con decirnos, los medios de comunicación que están sobre el terreno, si es que lo están. Si no son retransmitidos y actualizados continuamente, es como si esos dramas humanos no existieran; puede que la violencia más aparente no sea la más radical ni la más grave en términos de destrucción de vidas humanas... No nos emocionamos más que por aquello que quieren que lo hagamos. ¿Pero quién es el que lo quiere?

La presencia ineludible de lo virtual fue teorizada por ciertos analistas que concluyeron que de aquí en adelante "lo real" es lo evanescente, por lo que es imposible y vano pretender alcanzarlo y, por tanto, la verdad no es más que una búsqueda imposible. El sociólogo Jean Baudrillard defendió de este modo la tesis de una "des-realización del mundo", pretendiendo por ejemplo que la guerra del Golfo de Kuwait no había tenido lugar nunca o que de la destrucción de las Torres gemelas de Nueva York únicamente habíamos visto imágenes en las pantallas de televisión, pero no su "realidad". Desde ese momento los combates se llevan a cabo con enemigos invisibles y a través de las pantallas del ordenador, por lo que la opinión mundial no conoce sino "simulacros" fabricados exprofeso. El empleo de drones para eliminar adversarios invisibles, localizados desde un ordenador y asesinados a distancia, vendría a confirmar este tipo de tesis. Ya ni siquiera hay guerra, ni declaración de guerra, sino muertes discretas y disimuladas para lo que no se sabe quién da las órdenes, quién es el que las ejecuta o hasta dónde puede llegar la eliminación del "enemigo", considerado como "real" sólo en la medida en que se le llama así. A partir de estos análisis, estamos evidentemente lejos de las mentiras deliberadas, antes aludidas: se trata más bien de una concepción que desfiguradora las cosas hasta el punto de que la mentira pierde significado. ¡Se puede decir lo que se quiera, pues no hay control ni verificación posible! Es como si lo real hubiera desaparecido, ya que sólo existiría en tanto que virtualmente transmitido. Lo virtual eliminaría lo real.

4. Peligro para las democracias

Si no queremos alarmarnos innecesariamente deberíamos analizar más de cerca esas tendencias y poner en cuestión ante todo la ideología de aniquilación de lo real, subyacente en Baudrillard, e incluso denunciar su fascinación ante la muerte y la eliminación de lo real e, incluso, su atracción por la irrealidad. Puesto que su obsesión aniquiladora le lleva peligrosamente a ignorar de las víctimas de esas guerras supuestamente imaginarias o de esos atentados virtuales. Baudrillard olvida, o finge olvidar, que siempre existe algo que es real, tanto más abrumador

si cabe en la medida en que esas teorías lo minimizan o ignoran: hay personas cobardemente asesinadas en atentados ciegos, hay soldados cuyas vidas son truncadas por guerras que nos llegan sólo a través de la pantalla, pero que desde luego tienen lugar sobre el terreno. Hay seres humanos que mueren de hambre, aunque no los veamos, una realidad tanto más cruel cuanto a menudo es invisible, como ocurre con los sufrimientos más profundos. Estas realidades son ciertamente “reales”, aunque la mirada fascinada por lo virtual acaba por no verlas. Es necesario que no seamos, pues, víctimas anuentes con la “des-realización” del mundo, incluso si, de hecho, lo imaginario fascina más que el duro impacto de la realidad efectiva. Siempre y por doquier, un imaginario descontrolado acaba pagándose caro: el estudiante persuadido por la ideología dominante del “todo es posible” se topará bruscamente con el rigor de las oposiciones, los concursos de acceso y los exámenes, que ignoran al soñador o al frívolo; el político que es sorprendido desviando dinero público o haciendo negocio con él debe contar con que tarde o temprano sus prácticas se conocerán y su carrera será cuestionada; los pueblos, hambrientos e indignados, se sublevarán violentamente o se dejarán seducir por los extremistas; y nos sorprenderemos, aunque sea tarde, con una realidad que no habíamos visto venir. Porque si, como decíamos más arriba, la mentira “paga” un precio, esto no ocurrirá sin provocar importantes daños para las relaciones humanas, si no inmediatamente, sí por lo menos a largo plazo.

Pues las relaciones humanas no pueden prescindir del ingrediente fundamental de la confianza y, por consiguiente, no pueden prescindir de la búsqueda de verdad o de la veracidad. ¿Cómo, pues, dar crédito a quien es sospechoso de mentir o de tergiversar la verdad?

Es difícil comprender cómo la democracia, y en general una comunidad humana, podría sobrevivir instalada en la mentira institucionalizada o en el predominio de lo virtual. Pues, hay que recordarlo una vez más, la democracia no es solamente un sistema procedimental, ni tampoco la obediencia a reglas más o menos arbitrarias, sino que necesita la verdad o, al menos la búsqueda de la verdad. ¿Cuál es exactamente nuestra situación económica y financiera?, ¿podemos ignorar nuestros compromisos internacionales?, ¿podemos librarnos de pagar nuestras deudas? Preguntas como éstas y otras muchas implican que busquemos la justicia, la solidaridad y el buen-vivir, lo que sirve tanto para los Estados como para las personas. La democracia se ve más seriamente comprometida por el mentiroso que por cualquier otro desajuste en los procedimientos, pues el mentiroso se adueña de la palabra y participa en la discusión entre grupos y personas, lo que hace imposible aquella confianza básica que permite un mínimo de paz y de seguridad, ya que, si no nos podemos fiar de la palabra de los demás, nos dominaría la

desconfianza, no lejos de aquella "condición natural" de la que hablaba Thomas Hobbes, según la cual cada uno vive con miedo al otro y siente amenazada su propia existencia, lo que implica la muerte de toda vida política común.

De nuevo, una vez más no hemos de ser ingenuos. Toda relación de confianza puede y debe ser puesta a prueba para verificarla y mostrar su fecundidad. No hay garantía absoluta de que nuestra confianza no sea traicionada, ni en una relación de pareja ni en una institución humana. De ahí que la búsqueda de la verdad sea esencial, pues aunque no estemos seguros de alcanzarla, al menos no debemos renunciar a intentarlo. Es más, hay que reconocer que la verdad no se alcanza jamás, ni en política, ni en las relaciones afectivas, ni siquiera en las cuestiones religiosas. Esto sucede porque hay que *desear* la verdad más que pretender *poseerla*, pues éste es el deseo el que motiva al investigador científico, el que despierta al enamorado en su delicadeza con la persona amada, el que moviliza a un pueblo a encontrar soluciones a sus problemas, el que impulsa, entonces, la búsqueda de la justicia y de la paz. Por eso es tan preocupante propagar el eslogan de la entrada en la era de la posverdad, ¡como si la búsqueda de la verdad no fuera sino un viejo ideal o una pretendida ilusión metafísica! Una grave consecuencia de este eslogan vendría a ser lo mismo que debilitar la búsqueda de lo verdadero, dando así rienda suelta a las mentiras, a los abusos del lenguaje, o a cualquier forma de demagogia que, como sabemos, arruinan toda vida política. Podríamos evocar las críticas radicales y persistentes de Platón contra la manipulación del lenguaje por los sofistas, que abusaban sin escrúpulos de la credulidad popular para controlar las mentes, de lo que nuestros populistas son inquietantes herederos. Porque la mentira no sólo hace caso omiso de la verdad, sino que afecta a la sustancia misma de las relaciones humanas que se basan en la confianza en la palabra del otro.

5. Verificación casi experimental del peligro

Podríamos decir que experimentalmente estamos palpando los riesgos de esta demagogia y del mundo insufrible al que daría pie la era de la posverdad: ya no sabríamos a qué atenernos en relación a la palabra en el espacio público. Y de hecho, ¿en qué consiste precisamente la política de Donald Trump?, ¿qué pretende realmente?, ¿qué es Trump realmente: un timador, un malabarista, un hombre de Estado? Y a propósito del "brexit", ¿qué pretende exactamente el Reino Unido: dividir un poco más a la Unión Europea o beneficiarse de sus lazos con Europa? La imprecisión del discurso del gobierno británico se pierde en la incertidumbre

y el desconcierto y cambia por completo las normas habituales de una dinámica internacional que debería fundarse en la palabra dada. Ahora bien, para matizar lo dicho hasta ahora sobre el triunfo de la mentira, hemos de reconocer que no está claro, contrariamente a las promesas del presidente Trump, que los Estados Unidos salgan fortalecidos de esta triste aventura, como tampoco está nada claro que el "brexit" no desemboque en una profunda división de un reino que estuvo unido y que puede experimentar su separación (Escocia, Gales, quizá Irlanda del norte), por no hablar de las consecuencias para la gran utopía que fue la construcción europea, ciertamente amenazada por su entramado administrativo, pero más todavía por la pérdida de credibilidad del magnífico ideal de un acercamiento estable entre sus pueblos. La demagogia y la mentira corren el riesgo de volverse contra sus autores, al igual que, en el ámbito nacional, la dejadez de los responsables tiene un efecto devastador sobre la credibilidad de la clase política y, en general, sobre todos aquellos que detentan poder, incluido el religioso (como las crisis originadas en el seno de la Iglesia por la pedofilia, demasiado tiempo ocultada).

Además, desde un punto de vista cristiano, esta situación es tanto más condenable, puesto que, si entrar en la era de la posverdad significara que la palabra puede ser manipulada y secuestrada, e incluso que no hay inconveniente en hacerlo para no desentonar con la época, se vería afectado el fundamento mismo de la relación con el otro (y con el Otro). El cristianismo es esencialmente religión de la Palabra, del Verbo, en la que se mantiene todo y todo crece. El cristianismo nos enseña el papel creador y recreador de la palabra y el papel destructor de la mentira, punto sobre el que la Biblia es sorprendentemente severa. El Absoluto es Palabra viva y vivificante, que da forma a nuestras palabras, únicamente fructuosas si respetan las reglas del lenguaje auténtico y mortíferas desde en el momento en que se vuelven indiferentes o ignoran las condiciones de una auténtica relación humana y traicionan la confianza entre seres humanos, fundada justamente sobre el crédito otorgado a la palabra. Por ello, un creyente no puede ignorar las consecuencias de entrar en esa "era", lo que implicaría no sólo la era del nihilismo, sino aceptar la ruina de nuestras sociedades, una ruina poco visible al comienzo, pues la mentira aparentaría ser ligera o incluso inocente, pero a largo plazo sería una ruina cargada de consecuencias más terribles.

Las repercusiones sociales y políticas de esta situación nos obligan a una vigilancia activa y lúcida respecto a esas nuevas formas de manipulación del lenguaje, pues estamos llamados a pasar de una era de excesiva e ingenua confianza en lo virtual o los medios, como respecto a los discursos demagógicos, y a adoptar una actitud crítica y una condena igualmente implacable de aquellos que ignoran los factores elementales de la vida humana en común.